

Bernardo Souvirón

Hijos de Homero

Un viaje personal por el alba
de Occidente



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición 2006

Tercera edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Lucha de Eneas al pie de las murallas de Troya (detalle del frontón del templo de los Sifnios de Delfos)

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Bernardo Souvirón Guijo, 2006

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-819-0

Depósito legal: M. 16.853-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo, por Antonio Alvar
- 20 Nota del autor
- 30 Mapa de Grecia

Hijos de Homero

- 33 1. El amanecer de Grecia (2000 a.C.-1600 a.C.)
 - 33 Una civilización pacífica: la isla de Creta
 - 45 Las invasiones indoeuropeas: aparición de la guerra
 - 50 El nacimiento de los griegos: el mundo micénico
 - 54 La escritura
 - 58 Las escrituras cretenses
 - 58 La escritura jeroglífica (1900-1600 a.C.)
 - 61 La escritura lineal A (1600-1450 a.C.)
 - 63 La escritura lineal B (1450-1200 a.C.)
 - 67 El griego alfabético
- 71 2. El amanecer de Occidente: el mundo micénico (1600 a.C.-1200 a.C.)
 - 75 El universo de la *Iliada*: una cultura de vergüenza
 - 78 El comportamiento de Agamenón
 - 85 *Áte*
 - 88 Agentes de *áte*
 - 89 Zeus
 - 90 Moira
 - 93 Las Erinis
 - 94 *Ménos*

99	El marco político y social
100	Micenas
105	Los reyes micénicos
113	Rey y pueblo
118	La relación entre las familias reales: el matrimonio
123	Excluidos de todo: los esclavos
138	La clave del éxito: el destierro legal de las mujeres
140	¿Qué es un mito?
141	¿Cómo interpretar un mito?
144	¿Deben ser tomados en serio los mitos?
145	Los mitos como vehículo de transmisión de un nuevo modelo cultural. La desaparición social de la mujer
206	Los mitos como modelos
209	Las consecuencias del modelo mítico en el marco político: el Estado
212	3. El enigma de la Edad Oscura (1200 a.C.-800 a.C.)
215	El colapso micénico
217	El problema de los pueblos del mar. El paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro
226	La invasión doria
231	Los dorios: ¿invasión exterior o levantamiento interno?
238	Consecuencias de la caída micénica
242	¿Colapso o continuidad? La consolidación institucional del modelo mítico micénico
249	El problema cronológico
256	¿Edad Oscura o error cronológico?
259	Homero, el «rehén»; el educador
262	Adivinos del pasado: los aedos
268	La épica micénica
276	El fin de los aedos: aparición de los rapsodos
280	El rehén
288	La época

291	El hombre
296	El educador
300	4. El tránsito hacia la libertad. La época arcaica (800 a.C.-500 a.C.)
302	El punto de partida: el descubrimiento de la individualidad
305	El marco físico: la <i>pólis</i>
307	Comercio y colonización: las razones del cambio
310	El impacto del nuevo mundo en el modelo político y social
314	Poesía y prosa: de héroe a ciudadano
317	Prosa y política
319	Poesía e individualidad
325	El equilibrio entre la individualidad y el entorno: la libertad y la ciencia
330	Libertad y elección
333	Safo o el desafío de la elección: el amor
335	¿Quién era Safo?
341	El amor sáfico
361	El miedo a la libertad. El consuelo de la religión
366	De la vergüenza a la culpa
382	De la culpa al temor: la necesidad de la justicia
393	Las raíces de la democracia. La nueva sociedad surgida de la colonización
393	Los límites geográficos de la colonización
399	Consecuencias de la colonización
399	La aparición de la escritura. Una sociedad letrada
409	La aparición de la moneda
414	La esclavitud. Necesidad y negocio
423	Las mujeres. Del modelo mítico al modelo institucional
437	El desarrollo político. La tiranía
468	Epílogo
471	Bibliografía

Prólogo

Un nuevo libro sobre Grecia y los griegos. No cabe ninguna duda de que la sola mención de Grecia y los griegos resulta poderosamente evocadora. Pero ¿se puede hacer a estas alturas un nuevo libro sobre ese asunto que sea, al mismo tiempo, un libro nuevo? Porque –se diría– ya nos lo sabemos todo. O casi todo. Y, sin embargo, aún es posible hacer libros nuevos para el gran público, sí, pero también para quienes ya han leído mucho sobre ello. Veamos por qué.

Un libro nuevo se puede lograr si cumple, al menos, una de dos condiciones. Como primera condición, habría que exponer datos, interpretaciones, argumentos novedosos. ¿Es éste el caso? Digamos para empezar que Bernardo Souvirón no se ha propuesto escribir una historia de Grecia antigua; no es un manual al uso lo que tenemos entre manos. Ni siquiera se ha intentado trazar un ensayo sobre el significado de Grecia en relación con la cultura y civilización occidentales. Bernardo Souvirón ha querido mo-

verse en un amplio arco temporal que –partiendo de la civilización minoica– termina descansando en el momento en que la Grecia antigua se dispone a entrar en lo que llamamos época clásica. Es decir, se tratan en este libro cuestiones relativas a esa «civilización minoica», al «mundo micénico» que le siguió y a las sucesivas «Edad Oscura» y «Edad Arcaica», pues, a su modo de ver, forman esos cuatro amplios períodos de tiempo un entramado de extraordinaria complejidad pero que, de algún modo, puede explicar no poco no sólo de lo que fue la Grecia más esplendorosa, sino también algunos de los rasgos constitutivos de lo que terminó siendo Occidente. Se trata, pues, de unos momentos que, como ya anuncian las denominaciones con que las conocemos (Edad Oscura, Época Arcaica), resultan mucho menos conocidos que los que les siguieron. Por lo demás, hay en el panorama trazado en este libro la convicción de que la civilización minoica –y ya no sólo la micénica– resulta imprescindible para entender lo que vino después y dio en ser esa Grecia admirable y nutricia de lo que fue Occidente. Pero la posición de Bernardo Souvirón sobre esta cuestión se dibuja con nitidez: el mundo minoico fue quebrado violentamente por el micénico y su esencia quedó, en buena medida, diluida en lo que siguió, de modo que su modelo interesa más por ilustrar lo que pudo (y debió, en ánimo del autor) haber sido que por lo que pueda tener de precedente natural y necesario para que luego fuera posible el mundo micénico. Se sostiene la idea de que la civilización minoica fue esencialmente de estructura matriarcal y de convicciones pacíficas, de modo que a nuestros ojos se presenta como una luminosa estampa de vivos colores, palacios abiertos

al mar, jardines llenos de flores y aves canoras, y seres humanos radiantes de felicidad. Los restos arqueológicos contribuyen a forjarnos esa idea; quizás la realidad fuera diferente. Obviamente, ese paisaje social circunscrito a la isla de Creta supone un fuerte contraste con el subsiguiente mundo micénico, en que una estructura patriarcal de origen indoeuropeo y exógeno parece exigir una cultura de la guerra, radicalmente diferente. Hay, no obstante, entre ambos mundos algunos hilos aún no del todo desmaledados que impiden el cataclismo total: ambas sociedades conocen la escritura –la de los cretenses sigue siendo un misterio para nosotros– y ese fenómeno cultural es de unas consecuencias históricas irreversibles y absolutamente estructurantes de lo que luego sería Occidente.

Para nosotros, la sociedad micénica se nos ha dado a conocer a través de dos tipos de testimonios singularmente diferentes y que incluso pueden llegar a parecer difícilmente conciliables en ocasiones: de una parte contamos con numerosos restos arqueológicos que conciernen a todos los órdenes de una vida socialmente muy estructurada; y entre estos restos arqueológicos es preciso conceder cada vez más importancia a los testimonios sobre tablillas de barro en un código escriturario conocido como lineal B. Pues, a pesar de que se suele aceptar como axioma que una imagen vale más que mil palabras, los arqueólogos saben bien que donde haya unas pocas palabras bien interpretadas se pueden explicar con seguridad asombrosa mil imágenes.

Mas, junto a todos estos testimonios arqueológicos –y los hay de impactante belleza, como las murallas de Micenas– y de maravillosa factura –como los vasos de Vafio–, el mundo

micénico nos ha sido dado a conocer gracias a los dos hermosos poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea*, las dos obras que inauguran, varios siglos después de la desaparición del mundo micénico, la historia de la literatura occidental y aún dos obras maestras de grandeza inigualable. A través de sus miles de versos es posible penetrar con seguridad en los entresijos de esa sociedad micénica y se descubre una novedosa escala de valores y de jerarquización social, donde la esclavitud es un factor de sustentación social y económica y donde la mujer ha perdido el papel protagonista que desempeñaba en la etapa histórica inmediatamente anterior. En definitiva, es una sociedad que posee ya rasgos que nos resultan sumamente conocidos y que se mantendrán como constantes de nuestro mundo, unos hasta bien poco ha, otros aun todavía.

En este libro puede el lector encontrar una descripción de esa sociedad —la micénica— y de sus valores —que tanto se explicitan en la narración homérica de la guerra de Troya—. Pero tal vez merece especial atención cómo Bernardo Souvirón explica la función que esa espléndida constelación de mitos griegos que tanto han fascinado a los hombres de todos los tiempos y que aún hoy siguen ejerciendo un poderosísimo atractivo incluso sobre nuestros jóvenes ha cumplido para que la aristocracia impusiera su escala de valores sobre el resto de una sociedad sometida. El análisis de algunos de ellos permite entender cómo se difunden, de manera eficaz y ya casi irreversible, esos valores, de modo que queda grabado —se diría que para siempre— en el imaginario colectivo el papel que debe desempeñar la mujer en el nuevo orden o cuál ha de ser la relación del individuo con el Estado.

Pero sin duda uno de los capítulos que más han de interesar a los lectores de este libro es el concerniente a la «Edad Oscura», esa misteriosa etapa de varios siglos de duración de la que apenas sabemos nada y que se empeña en esfumarse sin más ante nuestros deseos de saber. Quizás sea discutible la suposición de que los pueblos dorios que acabaron con el mundo micénico no vinieron de fuera, sino que representan una suerte de revolución interna; quizás sea una drástica solución eliminar tres siglos de historia con la argumentación de que la cronología relativa a esos momentos ha estado basada en cálculos erróneos, pero la mera posibilidad de que se puedan formular hipótesis tan atrevidas, basadas –eso sí– en testimonios e investigaciones, evidencia hasta qué punto hay margen aún para la investigación y hasta qué punto es necesario profundizar y discutir. La ciencia sigue viva, y aún cabe esperar sorpresas. Este libro tiene el mérito de sugerir el conflicto y de abrir para muchos puertas que se suponían definitivamente cerradas.

El resultado de todo ello fue el nacimiento de una estructura social que habría de perdurar otro puñado de siglos y que habría de ofrecer a la Humanidad algunos de sus logros más fecundos, duraderos y estructurantes. Los valores cambian, los héroes se hacen ciudadanos, el ejercicio de la razón se adueña de los debates y de la reflexión, permitiendo con ello el progreso, el uso de la escritura –y consecuentemente el de la lectura– se extiende más allá de su función instrumental como testimonio de quehaceres administrativos, aparece la moneda como herramienta de cambio y, sobre todo, el individuo cobra conciencia de su historia y de sus padeceres, y comienza la aventura más apasionante, la

que nos conduce al interior de nosotros mismos, a través de la introspección de los sentimientos o de la reflexión sobre nuestro ser, nuestro origen y nuestro destino. Por primera vez en la historia de Occidente la persona posee un espacio propio y distinto al grupo en el que se inserta su actividad, por primera vez se expresa el sentimiento del amor y sus contrarios –de modo que el matrimonio ya no es el único y doloroso encuentro entre el hombre y la mujer–, el de la culpa y el del temor. Todo eso ocurre en unos siglos a los que llamamos arcaicos. Ha nacido Occidente.

Decía al principio de estas líneas que se podía cumplir una segunda condición para lograr un libro nuevo. Y esa segunda condición –perfectamente compatible con la primera– no es otra sino la capacidad del autor para contar cosas conocidas de modo diferente, de tal modo que sepan a nuevas. En realidad, si el arte del narrador logra crear en la imagen del lector un mundo coherente, bien trabado, comprensible y vivificador, sin duda nos encontramos ante un mundo nuevo, y el libro en que así se exponga será, necesariamente, un libro nuevo. En realidad, cualquier construcción interpretativa del pasado supone un grado destacado de subjetividad del autor. Es más, estoy convencido de que, cuando de mundos lejanos se trata, cuanto más coherente y comprensible resulta su explicación, más se debe a un mayor grado de implicación y, por tanto, de subjetivismo por parte del autor. Y eso no es malo, sino todo lo contrario, mientras no se oculten ni falsifiquen datos y testimonios. En suma, si un investigador no es capaz de construirse una imagen sólida de la realidad que pretende explicarnos, poco tiene que decirnos.

En estos momentos abundan los estudios de detalle, las explicaciones sutiles y minuciosas de hechos y datos microscópicos, las descripciones exhaustivas de lo insignificante. Todo ello es necesario, sí; incluso es imprescindible. Pero de nada sirve si no se produce un poderoso ejercicio de síntesis que dé sentido a lo fragmentario y que estructure y vertebre en unidades superiores y de más amplio alcance lo reservado a unos pocos. La contextualización de los datos y la reconstrucción de los modelos es un ejercicio científico que exige tantas o más dotes intelectuales que el análisis y la disección. La ciencia avanza gracias a la sabia combinación de uno y otro métodos. Mas a nadie se le escapa que las presentaciones generales exigen selección de datos y testimonios y, por tanto, subjetividad. Ahí está la comunidad científica para denunciar arbitrariedades y para corregir desvíos. Más aún; hay que hacer un tercer esfuerzo para que la fíbula humilde extraída de un antiguo vertedero o la forma gramatical inesperada en un epígrafe recién encontrado alcancen a interesar a un público no necesariamente especialista ni especializado, sino simplemente con curiosidad intelectual. Es eso que llamamos divulgación, ardua tarea, no siempre apreciada por quienes apenas son capaces de moverse en análisis de corto recorrido. Y, sin embargo, no puede entenderse ni debería consentirse una actividad científica que no tenga vocación de llegar a interesar al cuerpo de la sociedad que la mantiene. El camino de ida y vuelta entre investigadores y sociedad, sociedad e investigadores, debe ser constantemente transitado. No siempre es así; es más, entre nosotros se ha recorrido mucho menos de lo que hubiera sido deseable, y quizás por eso no siempre hemos sido

bien entendidos o, más grave aún, no siempre ha sido bien entendido el significado de nuestro trabajo y el valor de nuestro objeto de estudio.

Bernardo Souvirón se muestra en este libro como un caso singular y como un ejemplo digno de ser imitado. No es este libro el resultado de unas impresiones rápidamente hilvanadas como consecuencia de unas lecturas precipitadas y de un par de viajes a la «escena del crimen». Compartimos hace ya más años de los que nos gusta reconocer aulas universitarias y estudios sobre Grecia y Roma; y cuando digo «compartimos» sólo aquellos que hayan sabido de lo que significa la palabra «amistad» vivida en los años mozos y de lo que significa la palabra «pasión» aplicada al deseo de saber podrán comprender el alcance de lo que digo. Pues, en efecto, desde entonces Bernardo Souvirón convirtió a Homero en la razón de su vida intelectual y a la antigua Grecia en su morada espiritual. Es este libro, pues, el fruto de una dilatadísima meditación sobre lo que significan el poeta y su tierra, sí, pero también de la huella que todo eso ha dejado en su alma. Y esa huella profunda e imborrable quiere compartirla con nosotros, y somos muchos los que, al escucharlo y al leerlo, descubrimos que también en nosotros está indeleblemente marcada esa huella. Naturalmente, cuando el espíritu está lleno de ávida curiosidad, la meditación se alimenta de lecturas numerosas que humedecen profundamente la tierra sembradía como la lluvia que cae paciente y constante. Además, Bernardo Souvirón se ha sometido durante decenios, por exigencias no sólo de su profesión sino también de su vocación, a la tarea de contar –sea en las aulas, sea con un micrófono en un estudio de radio– cómo

esos saberes anidan en su alma y cómo su mente trata de darles orden y explicación transmisible y comprensible. En esto es, sin duda, un consumado maestro. Mil datos y testimonios, decenas de hipótesis, algunas experiencias personales han catalizado en esta hermosa construcción, en donde él nos explica de manera novedosa su propia visión de un mundo apasionante cuyo conocimiento nos permite entender mejor el nuestro, pues constituye una de sus raíces más fecundas y nutricias. Quizás haya quien vea las cosas de otro modo, quien discrepe en esto o en aquello, quien sea capaz de saber más de tal o cual punto, quien pueda aducir mejor autoridad para la explicación de algún testimonio. *Non omnes omnia possumus*. Pero será difícil encontrar quien pueda construir con tanta vitalidad y quien pueda contarnos de manera tan diáfana y apasionada esta larga historia de los *hijos de Homero* y que concierne nada menos que al «alba de Occidente».

Ahora es ya momento de comenzar la lectura y de disfrutar de este viaje personal.

Antonio Alvar Ezquerra

Presidente de la Sociedad Española
de Estudios Clásicos

Nota del autor

Siempre he creído que escribir, en los tiempos que corren, era un acto inútil. No sé si se trata de una convicción profunda o si, por el contrario, la reflexión sobre lo que nos está deparando nuestro tiempo (en concreto el final del siglo xx y el comienzo del xxi) me ha llevado a un convencimiento que, ignoro si afortunadamente, voy a romper con este libro. Tampoco sé a qué obedece esta especie de claudicación que me ha llevado, en el otoño de mi vida, a poner por escrito algunas de mis ideas sobre el mundo antiguo, en especial sobre la antigua Grecia. En todo caso, una serie de impulsos me han movido a ello: externos a mí mismo algunos; otros, por el contrario, han permanecido conmigo desde antiguo. Sin aquéllos, estos últimos hubieran seguido dormidos para siempre, según creo.

Es éste un libro escrito para todos. Nunca ha sido mi intención escribir sólo para colegas, para especialistas o eruditos, sino más bien para todos aquellos que, aun sin

estar versados en los misterios del pasado, desean conocer lo que sucedió con la esperanza de comprender mejor lo que sucede. El pasado es rico en misterios, pero también lo es en enseñanzas, en mensajes extraordinarios que han desafiado el paso del tiempo para mostrarse ante nosotros como faros erguidos ante el temporal; brillantes faros en medio de la niebla.

Con todo, éste pretende ser también un libro riguroso, un estudio basado esencialmente en las fuentes antiguas o, lo que es lo mismo, en los autores que, desde aquellos lejanos días en que mi madre me ofreció una *Iliada* para leer en unas vacaciones de verano, me han enseñado casi todo lo que sé. Desde entonces ha pasado mucho tiempo y han pasado muchas cosas. Se ha transformado casi todo y, sin embargo, las voces de los autores antiguos han seguido resonando en mí con una vigencia que no ha dejado de sorprenderme. Mi deuda con estos hombres no puede pagarse, salvo, quizá, de esta manera: intentando transmitir a quienes lean estas páginas lo que sé o, mejor dicho, lo que ellos sabían. En cierta medida, ya lo he hecho durante los casi veinticinco años en que, de forma ininterrumpida, he enseñado en las aulas de universidades e institutos. Veinticinco años en que, desafiando modas y planes de estudios, muchos jóvenes de todas las condiciones me han escuchado en clase hablar del pasado, de mitos, de mares lejanos y misteriosos; hablar de personajes heroicos que desafiaban a otros hombres y, a veces, a los dioses; hablar de mujeres que, en condiciones auténticamente heroicas, nos han legado, también, palabras hermosas. Pues esto es al fin y al cabo lo que los antiguos nos han dejado: *recuerdos*. Algunos

de esos recuerdos han sobrevivido durante milenios a todo tipo de desgracias y se han conservado, orgullosos, tal y como sus autores los crearon; otros se mantienen en pie a duras penas, heridos, mutilados, pero vivos y altivos como si nos contemplaran desde una perspectiva inmortal. A estos recuerdos los llamamos «monumentos». Muchos de ellos todavía nos impresionan vivamente, nos conmueven y, a la vez, nos llenan de melancolía: el Partenón, el Coliseo, Delfos, Pompeya... A veces con solo pronunciar sus nombres nos sentimos transportados: Tebas, Roma, Atenas...

Pero hay otros recuerdos que han desafiado también la destructiva marea de los actos humanos; los únicos a través de los cuales podemos hacer lo que nadie puede hacer: viajar en el tiempo, a través del tiempo. Se trata de recuerdos que no están hechos de materiales tangibles; no utilizan ni piedra, ni mortero, ni ladrillo, ni mármol, ni pedernal. Un único material ha bastado para que lleguen a nosotros; un material común, por otra parte, y, a la vez, extraordinario. Este material es la palabra. Si nos asomamos con calma, con atención, a las palabras, veremos que nos descubren mundos que ni siquiera sabíamos que existían. Mundos de maravillas y de desgracias; de amores, de desamores, de guerras, de paz. Mundos en los que por debajo de desastres y de logros, de esfuerzos y de muertes, aparecen las rutas sobre las que ha transitado la historia.

Los antiguos griegos, pues, han llegado hasta nosotros a través de dos clases de recuerdos. Unos y otros están hoy en estado ruinoso, pero aun así, aun reducidos a fragmentos, nos hablan vívidamente. Yo soy filólogo, es

decir, un «amante de las palabras», y mi trabajo se centra en ellas, las palabras. Les debo casi todo a esos griegos esforzados que nos han dejado sus palabras, y hoy sé que incluso aquellos que no son conscientes de ello están también en deuda. Ciertamente, todos estamos dispuestos a escuchar a quienes nos hablan de los mitos helénicos, de la historia de Grecia, de sus tierras. Siempre me ha parecido natural, porque Grecia es nuestra madre y porque fue un griego quien nos enseñó que algunos garabatos podían servir para algo más que para hacer cuentas: nos enseñó a escribir las palabras y a servirnos de ellas para contar historias y, también, la historia. En un sentido profundo, siempre consideré a ese griego como mi padre, como el padre de todos nosotros. Su nombre era Homero y cada palabra de este libro está escrita gracias a él.

Una cosa más. Éste no es un libro de historia *sensu stricto*; en ningún momento ha sido mi intención escribir una nueva historia de Grecia, exhaustiva y completa, pues es ésa una tarea que excede con mucho mis pretensiones y, probablemente, mi capacidad. Quien espere encontrar sólo historia en estas páginas se sentirá, inevitablemente, defraudado, aunque la bibliografía que aparece citada quizá le ayude a retomar el rumbo.

Finalmente, es difícil para un autor expresar su profundo agradecimiento a todas aquellas personas que, de una manera u otra, han contribuido a que este libro esté hoy en manos de los lectores. Sin embargo, creo que es una tarea que no debo omitir. En primer lugar, me gustaría expresar mi gratitud a los numerosos oyentes del programa de RNE «De la noche al día», que me han

obligado, literalmente, a escribir estas páginas con su insistencia casi diaria, y con una fe en mi capacidad que siempre ha superado, con creces, la mía propia; nunca habría cumplido este proyecto si no fuera por su estímulo que, en algunos casos, me ha emocionado realmente. Algunos de ellos han viajado conmigo a Grecia e, incluso, me han dejado las fotografías que, nacidas de esos viajes, ilustran este libro (gracias, Lola, Miguel, Elías y, sobre todo, gracias, Miguel Ángel).

Gracias también a Manuel Hernández Hurtado, «Manolo HH», director del programa citado. Nunca acabaré de entender la razón por la que, sin apenas conocernos y mientras charlábamos de otras cosas, decidió invitarme a su programa con la idea, que a mí me pareció completamente peregrina, de hablar (¡a las cuatro de la madrugada!) sobre Tarteso. A partir de entonces he ido (y sigo yendo) todas las madrugadas de los martes a contar mi visión del mundo antiguo a una audiencia que me ha mostrado una fidelidad conmovedora. Quizá algún día pueda explicarme este milagro, pero hasta entonces, el crédito que me ha concedido Manolo HH es tan grande que no sé si lograré ponerme alguna vez al día.

Gracias a Luisa, que hace muchos años, cuando me encontraba perdido en el laberinto, me dijo que podía escribir este libro; y a Pilar Barbeito, mi amiga, una de esas personas que están siempre por encima de los avatares del tiempo y de la vida y que, además, ha hecho el formidable esfuerzo de leer todo el original, llenándolo de aportaciones inteligentes. Gracias a mi hija Andrea, una parte de la triple diosa, por decirme un día, con la naturalidad que caracteriza sus convicciones de artista,

que «tenía la obligación de escribir lo que sabía». Nunca he olvidado esas palabras. Gracias a mi madre, que me invitó a leer a Homero por primera vez y que, con lo poco que le sobraba, logró reunir en casa los libros que fueron moldeando mi vida de adolescente; también a Pedro, por haber ejercido de padre sin decirlo y por haberme enseñado, con su machaconería insuperable, que la actitud crítica ante los hechos de la vida y de la historia está siempre en el origen de la verdad; y a Marisa, mi hermana, que siempre ha confiado en mí más que yo mismo. Gracias, inmensas, a Marga, mi mujer, que no sólo me ha cubierto las espaldas cada hora de cada día, sino que ha corregido todo el libro con el sentido común que caracteriza a casi todas las mujeres inteligentes de la historia; y gracias a mis dos hijos pequeños, Alejandro y Miguel, a quienes he negado mucho tiempo en momentos en que lo necesitaban. Espero poder compensarlos con creces y hacerles comprender que ha merecido la pena.

Gracias a Jesús, Juan, Helena y Pilar, los amigos y amigas que han llenado, llenan y llenarán mi vida. A veces a su pesar, han soportado horas y horas mi forma apasionada y excesiva de entender la vida, y con frecuencia se han dejado arrastrar por los vientos de mis opiniones hasta mares que no sé bien si deseaban conocer. Sin ellos, no habría podido navegar. Gracias a Arantxa Aguirre y a Pedro Pardo, que me han abierto puertas que no sabía que existían; y también a Coty, reencarnación y suma de la bondad y de la camaradería, con quien he compartido en Grecia muchos días de vino y rosas. Los dos tenemos pendiente un viaje a los confines del mundo.